

CAPITULO VI.

El cautivo.

La nave donde recogieran á Filippo y con tanto esmero le cuidaran, hasta devolverle respiracion y vida, que parecian completamente perdidas; esa nave providencial, cuyo auxilio podria creerse milagroso, pertenecía á un gran señor de la morisma, al Sultan de Túnez, cuya alteza tornaba en aquel momento á su reino despues de larga expedicion por el Oriente. Con esas supersticiones, propias de su culto y de su raza, viera en sueños aparecer singular cautivo entre sus siervos; y en sueños prometiera libertar de estos, por cambio de joya tan preciada, tres ó cuatro principalísimos: que el opresor conoce al igual del oprimido los beneficios de la libertad. ¡Cómo se asombraría, al ver confirmados los que él tomaba por anuncios celestes; y con cuánta celeridad se apresuraria á cumplir el voto que imaginaba sagrado compromiso con los cielos! El aire apuesto de Filippo, la riqueza deslumbradora de su veneciano traje, la hermosura varonil de su inteligente rostro, la extraña manera de su fortuita aparicion domináronle el alma y le impelieron al rápido cumplimiento de su religiosa promesa. Así es que llamó al piloto de su tripulacion y le dió orden para que, en cuanto viera veneciano barco á la vista, con tal que fuese mercante y no aparejara hostilidad alguna, le demandase el habla y le indicara con indicaciones de paz como aquel acto tenia exclusivo carácter de concordia.

Miró y remiró largo tiempo el piloto los horizontes; atisbó si habia nave de Venecia á vista; y tras una observacion de cinco ó seis horas, dió con barco de pescadores, fletado para buscar en los mares el sabroso atun, y que en cobro se puso al entrever una embarcacion mahometana. El combate

empeñado siempre en los hondos abismos marinos por una ley de la naturaleza; ese combate que lleva á los peces á devorarse entre sí; ascendia por aquellos tiempos á la superficie y semejaba impuesto tambien á los hombres por la implacable fatalidad. Los mares, mas que centros del cambio, eran focos de la guerra. Los marinos luchaban, mas que con los extraños elementos, con sus propios semejantes. El corsario y el pirata trabajaban como no podia trabajar el comerciante. Para los mahometanos, poco aficionados de suyo al mar, y que, sin embargo, dominaban una parte considerable de las costas mediterráneas, el mártir de los combates marítimos superaba en méritos, y por consecuencia en premios, al mártir de los combates terrestres. Por eso sin duda, sus almirantes, verdaderos piratas, aterraban á todos los pueblos cristianos con sus hazañas y con sus empresas. La pobre barca pescadora temblaba, pues, ante la barca mahometana, como pudiera temblar la paloma ó la tórtola ante el águila, esa carnicera pirata de los aires. Sorprendida en su carrera y expuesta á ser fácilmente alcanzada en su fuga, cuando vió señales de paz y amistad, quiso mas bien correr los azares de una aventura incierta que atraerse el desastre de un inevitable apresamiento. Acercóse tímida; y recibió en albricias á su confianza el presente de cuatro cautivos venecianos, vueltos á la libertad por los juegos de un sueño y por los caprichos de un déspota.

¡Qué alegría para estos católicos verse libres de los infieles; para estos venecianos entregarse al pabellon de su patria cuando menos lo esperaban; para estos europeos ir de las tierras cuasi tórridas á las templadas tierras suyas; para estos hombres recobrar la mas necesaria de las facultades humanas, recobrar la libertad! Aunque estaban muy lejos de su patria, rogaron á los pescadores y barqueros que tomaran hácia ella rumbo, y no queremos pintar las emociones sentidas al ver surgir los jardines, como islas encantadas, del fondo de las aguas; y sobre aquella vejetacion, las torres y las rondas y las cresterías y las pirámides de tantos edificios esmaltados por las reverberaciones de la luz en el espejo de las lagunas. Corrióse pronto la noticia del suceso; y salió la poblacion entera á recibirlos. Por ellos supieron Lucrecia y Serafin, los cuales preguntaban á los séres inanimados la suerte de Filippo, el desenlace del caso, tantas veces por sus corazones presentido y por su lealtad anunciado al vehemente artista. De consuelo sirvió al afecto del uno y al amor de la otra saber que estaba vivo, aunque estuviese esclavo. Mas, sobrepuesta la madura reflexion á la primer corazonada, vieron con tristeza el tormento á que le condenaba su propio natural en largo cautiverio. Aquel artista, inquieto, indócil, impresionable, iba á encontrarse en reducida prision tan violentamente como el sano á quien redujerais al espacio reservado á un muerto. Aquel sacerdote de todos los placeres iba á devorar todos los dolores. Aquel artista iba á encontrarse como fuera del aire el dia en que le faltase el alimento á su inspiracion el aprecio,

y el aplauso públicos. Encerrad á quien se ha criado en la libre Florencia y ha vivido la vida del arte, encerradlo entre las cuatro paredes de un calabozo, á la luz cernida por las duras rejas, bajo el látigo del opresor, con grillos al pié, esposas en las manos, mordazas al labio; y decidme luego si no sentirá su cautiverio con mayor sentimiento que esas aves canoras arrancadas á sus hijuelos en primavera, las cuales mueren de dolor en su cerrada jaula por nostalgia del breve nido y del inmenso espacio. Así es que Lucrecia, cuyo amor al artista habia aumentado con los años, no se daba punto de reposo en llorar el cautiverio real del artista, como antes habia llorado su supuesta muerte.

En melancólico anochecer de aquellos siniestros dias estaba la jóven florentina sentada á orillas del mar, contemplando extática los horizontes que ocultaban allá lejos á su amado, y dirigiendo al cielo, en arrobamiento religioso, rezos propios de sus devociones y de sus virtudes. Después de saludar á la Madre del Verbo, que con su luna á los piés y sus estrellas en las sienes, vese entre sueños místicos deslizarse sobre los mares, envuelta en los celajes del crepúsculo; despues de rezar con devocion profundísima, dióse á apenarse con profunda pena y á llorar con amargo lloro por las desgracias del único sér que habia cautivado su corazón ¡ay! en este mundo. Y en lo mas amargo de su lloro, en lo mas fuerte de su hipo, cuando los sollozos le ahogaban, apareció Serafin, radiante de alegría, poseído de una de esas satisfacciones solo permitidas á quien realiza el bien sobre la tierra de manera que la embellece y la mejora así con sus ideas como con sus hechos. Volvió Lucrecia la cabeza, y no pudo reprimir una amarga sonrisa al ver el contraste entre su íntima pena y la alegría del valedor y del amigo.

—¡Hermano!

Exclamó la jóven.

—¡Lucrecia!

Á su vez el hermano.

—Contento venís.

—Como siempre que acabo una buena obra.

—Ha sucedido algo favorable á los huérfanos que adocrináis, á los pobres que socorreis, á los desvalidos que seguís, á tantos y tantos desgraciados como tomáis en todas partes á vuestro cargo?

—Todos van perfectamente. Entre esos enfermos de alma y cuerpo, los mas graves mejoran, los menos graves sanan.

—Verdadera satisfaccion.

—Pues hoy la tengo mayor.

—¿Por qué?

—Ya sabeis cuánto nos interesaba la pobre señora á quien su marido, imitando los tiranos antiguos, dejara por infundados celos abandonada en

una isla desierta del Adriático, por cuyas arenas la encontramos cuando íbamos á caza de noticias sobre Filippo.

—¡Pobrecita! Poco á poco adquirió el horror á los humanos que las fieras. Su hermosura natural se borró á penas y á lágrimas. Un sayal roto cubria sus carnes desnudas, y un deseo de morir pronto embargaba su alma desolada. Terribles cuartanas le daban calenturas y frios continuos, los cuales con sus accesos la ponian á morir sin matarla nunca. Imposibilitada yo de atenderla por los quehaceres del hospital, os la confíe de grado. Decidme, pues, lo ocurrido.

—Dos cosas he logrado, á cual mas difícil: primera devolverle con mis medicinas la salud del cuerpo, y segunda devolverle con mis consejos la tranquilidad del alma. Recogida en el hospital y curada radicalmente, instaléme en su casa, y tales pruebas dí al bárbaro de su inocencia, que la volvió á recibir con amor, dispuesto con decision á conservarla junto á sí toda su vida.

—Felices ellos en su dicha; pero mas feliz aún quien se la ha procurado y traído.

—Regresaba en mi góndola por uno de los canales mas solitarios y una de las calles mas apartadas, cuando, al revolver de ancha esquina, me encuentro con niño y mujer que se estremecian en las aguas y batallaban por salvar sus vidas próximas á extinguirse, pues ambos daban señales de ahogarse ya y de estar poco menos que en las últimas ansias de la muerte y en los últimos estertores de la agonía. Un fraile francisco, pobre de solemnidad, no lleva ni puede llevar gondolero ninguno en su góndola. Encontréme solo en frente de tamaña desgracia. Así es que nadie sino Dios y su Santo Espíritu podian auxiliarme. A ellos acudí con devocion y al agua me lancé con presteza. Apenas sé nadar, y empapada la lana de mi hábito en la pesadísima agua salada, íbame sin remedio á fondo. Pero la voluntad tiene mas poder por sí sola con sus libertades reflexivas que todos los elementos con sus fatalidades ciegas. Por impulso del deseo, superior á la inercia del cuerpo, acerquéme donde estaban los dos infelices y los cogí con violencia, á fin de arrastrarlos á una escalerilla cercana que daba á un postigo, donde podrian reposar de sus fatigas y respirar el aire necesario á su existencia. Allí fué ella. Los dos cuerpos, en el horror de sus estremecimientos, se asieron á mí con tal vigor, que parecian parte integrante de mí mismo; y sin embargo me ahogaban como si tuviera dos serpientes enroscadas al pecho, y no me dejaban con los movimientos necesarios á su salvacion y á la mia. En este amargo trance todo lo creí perdido, pareciéndome que íbamos los tres á morir sin remedio. Sus brazos me encadenaban; su peso me sumergía. Á cada esfuerzo mio para llegar á salvamento, me embarazaban y detenian con un esfuerzo opuesto. Ya me entraba el agua por la boca y me sentia próximo al trance último de la vida. Mi hábito pa-

recia de plomo; uno de los cuerpos se agarraba á mi derecha, otro á mi izquierda, y ambos me retenian con su respectiva pesadumbre y me encenagaban casi en el fondo de la cenagosa laguna sin permitirme ni salir á la superficie ni flotar á mi antojo. De la desesperacion saqué fuerzas. Al primer ahogo subí con tal celeridad que arrastré conmigo á los náufragos. Y de otro empuje logré desasirme de ellos muy próximamente al sitio donde se extendian los deseados escalones. Ganada tierra así, primero traje al niño, que deposité en mi propia góndola; luego á la mujer, que deposité sobre los escalones, no sin haber estado á punto dos ó tres veces de sumergirme nuevamente y de ahogarme con ellos. No quiero decir los esfuerzos que emplearia para volverlos á la vida ni el agradecimiento que tendrían, pues eran hijo y madre. El pequeñuelo, de unos siete años, jugando, se habia caído desde un puente altísimo al agua; y la mujer, jóven y hermosa, se habia arrojado de cabeza tras el pequeñuelo para salvarlo ó morir. Los dos quedan sanos y salvos.

—¡Verdadera felicidad la de hacer bien á nuestros semejantes!

—No hay otra, especialmente para los que necesitan alguna compensacion necesaria á las amarguras y á las tristezas de su vida.

—Por todos podremos hacer bien, por todos ciertamente; menos por aquel que mas lo necesita, menos por Filippo.

—¿Por qué no?

—¿Y cómo?

—Todo lo vence el deseo, que llega hasta descomponer la realidad en su seno, como el fuego al cuerpo que circunda.

—Atravesar los mares, ir á tierra de moros, penetrar en sus calabozos: imposible, imposible, imposible.

—Para vos, Lucrecia, imposible de todo punto. Una mujer europea, aunque tenga vuestro ánimo y vuestra fortaleza, no puede arriesgarse á expedicion de ese género.

—Ni yo, ni nadie.

—Permitidme creer, y por lo mismo decir, precisamente lo contrario.

—¿Cómo? ¿Creéis que hay quien pueda arriesgarse hasta ir á tierras de moros, sin miedo al cautiverio, tal vez al suplicio?

—Lo creo.

—¿Quién?

—Y me lo preguntais.

—¿Vos mismo, Serafin?

—Yo, yo, yo.

—Porque os creo capaz de tanto heroísmo no me atrevo de ninguna suerte á deciroslo, temerosa de despertar en vuestro pecho uno de esos sentimientos que os arrastran á sacrificaros por todos y por todo.

—Al aceptar el sacerdocio sabia que mi vida estaba llamada por Dios á

un eterno holocausto. Nosotros debemos dar nuestro corazón á las gentes en sacrificios continuos, como Cristo da su cuerpo en hostias consagradas. Por eso nos privamos de lo más necesario, del hogar; y de lo más venturoso y placentero, del amor. No encontramos una mujer querida en nuestra celda desierta. No compartimos ni las alegrías ni las tristezas del alma con esos ángeles, cuyos ojos nos iluminan, cuya sonrisa nos alienta, y que al recoger nuestra vida en sus alas ¡ah! la purifican y la elevan. Nos asentamos á una mesa solitaria como el alma, dormimos sobre un lecho helado como el sepulcro; y no tenemos ni mujer que nos ame, ni hijos que nos vuelvan á la infancia con sus gracias y nos den para las heridas abiertas en estos combates el bálsamo y el aroma de su inocencia. Nuestra esposa es la Iglesia, nuestros hijos los desvalidos. En las alegrías del mundo debemos aparecer como huéspedes fugaces, mientras que como eternos habitantes en las tristezas y desgracias. El apestado, que contagia con su aliento, tiene derecho de que muramos á su lado. Junto al lecho del amor no podemos aparecer, pero necesitamos estar junto al lecho de la agonía. El moribundo ha de morir en nuestros brazos y exhalar el alma en nuestro aliento. El muerto abandonado, que corrompe el aire con sus miasmas pestilentes; debe encontrar, como si fuera un recién nacido, blando regazo en nuestro seno. Para nosotros las espinas que erizan la tierra, y para nosotros las lágrimas que evaporan los ojos, y para nosotros la hiel amarguísima que está en el cáliz de la vida. Por consiguiente, un sacrificio ofrecido al amigo á quien se ama tan tiernamente como yo amo á Filippo, podría ser en el vulgo de las gentes abnegacion, mientras en mí solo es egoísmo. Los cielos saben bien cuánto más trabajo me costaria el quedarme que el irme.

—Dios mio, atravesar los mares en cuyas aguas se esconden tantos y tan pavorosos abismos; internarse en el desierto implacable donde tanto vale caer en las garras de las fieras como en las manos de los hombres; penetrar en una ciudad henchida de infieles y dominada por sultanes que tienen de primeros vizires á los verdugos; todo en defensa de quien quizá haya muerto á estas horas, abrasado de sed en los arenales ó consumido de dolor en los calabozos, ¡ay! es un sacrificio que no puede aceptar tu justicia y que debe á toda costa rehuir y evitar tu misericordia.

Y Lucrecia, con los brazos levantados al aire, los ojos puestos en el cielo, la cabeza echada tristemente á la espalda y las mejillas cubiertas de lágrimas, parecia una de esas místicas Dolorosas que en sus oraciones el Angélico ó Gozzoli han visto al pié de la Cruz y en la cima tempestuosa del Calvario.

—No temais por mí. La fé hace verdaderos milagros. Acordaos de Nuestro Padre San Francisco, y de sus discípulos predilectos. Los peces sacaban la cabeza del agua para escucharlos y bendecirlos. Las aves, que venian en

côro y en bandadas, suspendian su vuelo y se bajaban hasta formar como una especie de aureola sobre su cabeza. Los lobos hambrientos se tornaban mansos al rayo de su mirada y les lamian las manos y los piés como amigos perros. La palabra de Nuestro Seráfico Padre valía más que las lanzas, y su persona más que las legiones de todas las Cruzadas. No pudo el rey de Francia obtener con una escuadra y un ejército del Sultan de Egipto, lo que él obtuvo con una súplica y una lágrima. Dejadmé ir, sin más espada que mi cruz, sin más defensa que mi fé, vestido de este pobre sayal, á cuyas toscas lanas Dios dará los resplandores del éther: que despues de haber orado en el desierto donde la aridez de las arenas se contrasta con la fecundidad de las revelaciones, fuerzas tendré para arrostrar el martirio si es necesario, y devolver á nuestra ciudad y á vuestras artes el creador artista que han perdido. Solo necesito, para irme confortado y seguro, una oracion de vuestra alma.

—Yo rezo todos los dias por mi protector y por mi amigo. Pero mirad las dificultades que teneis en frente y los peligros encerrados en cada una de esas dificultades insuperables. Cuanto más generoso el corazon, más frio debe ser el raciocinio. Los mares, los desiertos, los cautiverios, las alimañas feroces, las tribus guerreras, los sultanes africanos surgen como fantasmas interpuestos entre vuestros deseos y su cumplimiento.

—¿Y qué importan? Tiene la fé virtud bastante á vencer todas las resistencias y á sellar con su luminoso sello las oscuras realidades del mundo. Ese imperio que Nuestro Seráfico Padre ejercia sobre las cosas creadas, cuyos movimientos acertaba á dirigir de igual suerte que dirige el alma los movimientos del cuerpo, sin duda provenia de una mágia misteriosa, la mágia de sus ideas. Cuando vaya errante por el desierto, al oír los bramidos de las fieras, al ver las ráfagas del simoun, al extraviarme en los mares de arena, levantaré los ojos al cielo y veré al Dios Padre en su santuario mandándome al Espíritu creador para que venga con su divino auxilio á sostenerme y á ampararme, y me salvaré de toda asechanza. No hablemos más. Hora es ya de partir. La amistad me impele y la desgracia me llama. Combatir con el mal equivale á cooperar con Dios en la obra de la creacion. Morir en este combate equivale á despertar en la inmortalidad. Bendecidme, Lucrecia, bendecidme: que donde están el génio y la virtud, están con ellos un verdadero y divino sacerdocio.

—Serafin, hermano mio, nada hay tan divino como vuestra abnegacion.

—Concediéndos que yo sea virtuoso, notad las tristezas y amarguras que en vida cercan á la virtud misma. Porque una fé distinta de la fé general mueve mis acciones, seria el mundo capaz de quemarme en sus hogueras inquisitoriales alimentadas por el fanatismo, más temible que todas las dañinas fieras del desierto.

—Id en buen hora, puesto que tal es vuestro deseo, id á buscar el cau-

tiverio y á darle por un milagro de vuestra fé la necesaria libertad. Al veros tan resuelto en vuestros deseos y tan confiado en vuestro Dios, voy creyendo que salvareis á Filippo.

—¿Salvar á Filippo?

Preguntó entonces una voz ronca y siniestra que parecia el primer chirrido del ave nocturna exhalado del seno de las primeras sombras.

—Guido de Montaperto.

Exclamaron á una Lucrecia y Serafin.

—Sí, Montaperto.

Dijo Guido adelantándose acompañado de su inseparable Gasparo.

—Aprieta, aprieta, puesto que si no te casas, te mueres.

Murmuró Gasparo al oido de Montaperto con sardónica sonrisa.

—Por fin, Lucrecia, os encuentro.

—¿Ibais buscándome?

—Ciertamente.

—Sin duda por mandato de su padre.

Añadió Serafin.

—Este fraile, á fuerza de ser bueno, raya en tonto.

Exclamó el escudero para su coletó.

—Busco á Lucrecia por mandato de mi corazon.

Replicó Montaperto á Serafin.

—Dadme ante todo noticias de mi padre.

Exclamó Lucrecia con verdadero anhelo.

—¡Pobre Butti! El rapto pudo costarle la vida. Pero, sobreponiéndose poco á poco la reflexion al dolor, se encuentra muy mejorado.

—Gracias, Dios mio, gracias.

Dijo Lucrecia con arrobamiento.

—Mas si pierde la esperanza.....

.....

—¿Que esperanza?

Preguntó muy extrañada Lucrecia.

—La esperanza de que endereceis el error cometido por un momento de extravío en la iglesia de San Juan.

—Imposible, imposible, imposible. No mentiré jamás. Me preguntarian de nuevo si os amo, y de nuevo responderia que no.

—Lucrecia, ha muerto Filippo. Yo mismo lo he arrojado al mar. Ya será pasto de los peces.

—No, Filippo no ha muerto. La Providencia ha impedido que vuestros designios se cumplieran, realizando los suyos inexorables á los miseros mortales.

—Nadie diria que vivís en Venecia. Dijo Serafin. Aquí, á la vista de todos, ha anclado una barca de pescadores portadora de la noticia. ¡Ah! la

vuestra vida. Entonces ni siquiera se conocia. El corazon que se resistie